

De: Transgresores de Fronteras: La Migración Global y las Murallas del Nacionalismo

por Erik de la Reguera

Primera pieza del rompecabezas

Capítulo 1. El tren de la muerte

De cerca la máquina de diesel se alza imponente. Con cinco metros de alto, veinte metros de largo y un peso de más de ciento sesenta toneladas puede hacer que cualquiera piense dos veces antes de que llegue el momento de treparse al tren de carga. Por ahora, las enormes y demoledoras ruedas se encuentran apacibles en los rieles. Pero un largo resoplido y un chirrido ensordecedor ponen al descubierto que el motor ha comenzado a despertar.

De pronto una actividad febril irrumpe por las vías. Aquellos que pacientemente esperaban por horas se han puesto de pie. Se escuchan gritos a diestra y siniestra y se ven volar mochilas hacia manos que las esperan en el techo del tren. Con la puesta en marcha del motor, rechinan los ejes de los vagones y vibran las puertas selladas. Hasta hace poco la mañana brumosa era sólo una espera larga y calurosa, pero ahora de pronto, hay poco tiempo. Un temblor recorre todo el tren. Detrás de mí, grupos de personas vienen corriendo sobre la grava. Cuando el silbido del tren suena ya no quedan dudas.

Me sujeto a una escalerilla de un vagón. En sólo unos segundos, somos más de cien personas que nos subimos a los techos del tren. Está lleno de gente. Los cuerpos chocan entre sí y se intercambian miradas de recelo. Muchos están sentados con las piernas meciéndose en los bordes, a unos cinco metros del suelo. Desafiando la muerte, un par de chicos saltan hacia el próximo vagón para buscar un lugar mejor. Debajo de nosotros, las puertas están selladas y no se puede entrar.

El tren sale lentamente de la estación y dentro de poco dejamos atrás al pueblo. Los vagones están rodeados por una llanura extensa, seca y despoblada, donde árboles y arbustos solitarios crecen en una tierra de color amarillo tostado bajo un sol ardiente.

Esto es Chiapas, el estado más al sur de México, y la vista podría ser el de un viaje de primera clase. Pero los que están en el techo sentados a mi alrededor están vestidos con sudaderas, jeans desgastados y gorras que los protegen del sol. Adentro de sus mochilas se tambalean botellas de plástico de dos litros de agua. La mayoría son hombres, pero también hay algunas mujeres jóvenes. Casi todos tienen menos de treinta y cinco años. Y se han subido a este tren porque la policía migratoria mexicana tiene retenes en todas las carreteras que van al norte.

El vagón en el que estoy transporta cemento y está pintado de blanco. Cuatro escalones conducen al techo, que está cubierto de una plataforma horizontal de hierro. En otras palabras, el techo aquí no se inclina tan traicioneramente hacia las orillas como en muchos otros vagones. Mi colega, el fotógrafo Roger Turesson, se ha puesto

de rodillas a mi lado para tomar fotografías de los pasajeros que van sentados y recostados. Mientras me acomodo como puedo entre todas las mochilas, brazos y piernas saludo a José Luis Lux de Guatemala que está sentado a mi lado derecho. Es chaparrito, de unos treinta años y nos mira tanto a Roger como a mí con curiosidad. No es extraño que pregunte qué hacemos aquí. Le explico que somos enviados de un periódico sueco, que Roger voló hasta aquí desde Suecia y que yo vivo en la ciudad de México, donde trabajo como periodista free-lance desde hace varios años. José Luis asiente con la cabeza. Dice que también está aquí por razones de trabajo. Pero más bien, por la falta de trabajo.

“La fábrica de ropa donde yo trabajaba cerró hace dos años. El dueño se cambió a otro país. Un lugar en Asia, creo”.

Ahora José Luis espera encontrar un trabajo en los Estados Unidos. Sabe que ahí ha habido una crisis económica, que el desempleo aún sigue relativamente alto y que cientos de miles de inmigrantes indocumentados han sido deportados en redadas los últimos años. Pero esto no lo desanima. José Luis tiene un primo en California que le ha prometido conseguir un trabajo en una fábrica de ropa; sabe manejar una maquina de cocer, así que probablemente todo va a salir bien – o sea, si es que logra llegar.

“No tengo de otra. Ya no alcanza el dinero ni para comprar leche, ¿entiendes? No puedo comprar leche para mis hijos...”.

Sentados en el techo hay muchos que entienden lo que significa eso: pescadores de El Salvador, albañiles de Guatemala, campesinos de Honduras, mecánicos de Nicaragua. La mayoría ha crecido en familias donde los padres y los hermanos trabajan dentro del sector informal, aquel que ni es controlado por el Estado ni paga impuestos, y que aun así, da trabajo a aproximadamente la mitad de todos las personas en edad productiva en Centroamérica. Este sector informal abarca desde los vendedores callejeros de las ciudades y negocios improvisados hasta los jornaleros rurales y los pequeños agricultores. A menudo los sueldos son tan bajos que serían vistos como un mal chiste en el norte del Rio Bravo o en el Oeste de Europa. Pero cuando el hambre llama hay pocas cosas que el hombre no esté dispuesto a soportar. Y en el país de José Luis, Guatemala, la mitad de la población infantil está desnutrida.¹

“Ahí ya no hay trabajo. Al menos uno que yo pueda conseguir”, dice José Luis y mira adusto la llanura.

Durante la década del 2010, una clase media pequeña ha empezado a tomar forma en Centroamérica. También se han creado algunos trabajos formales, pero para la gran mayoría de la población sigue siendo difícil conseguir el sustento diario. Muchas de las

¹ ‘Uno de cada dos niños guatemaltecos sufre malnutrición crónica’ (‘One Guatemalan child in two suffers from chronic malnutrition’), UNICEF, 17 February 2009. Vease: http://www.unicef.org/spanish/infobycountry/guatemala_48087.html
Vease también: ‘Speed up progress for Guatemala’s children or risk a generation, says UNICEF’, UNICEF, 22 March 2013, http://www.unicef.org/infobycountry/media_68376.html

nuevas oportunidades de empleos se han creado en las llamadas zonas francas, donde empresas multinacionales tienen parte de su producción. Los días laborales en esas zonas francas son largos y los sueldos son bajos. Según trabajadores que he entrevistado ahí, no es raro que trabajen de 10 a 12 horas seguidas, 6 días a la semana y con un sueldo de aproximadamente 170 dólares al mes.

Los trabajadores dicen que muchas veces las empresas afirman que siguen las leyes y los reglamentos, pero en realidad sólo pagan una parte del sueldo establecido, y luego obligan a los empleados a trabajar cientos de horas extra sin remuneración alguna. En el caso improbable de que un sindicato logre mejorar un poco las condiciones laborales, los dueños tienen la libertad de llevarse la fábrica a otro país. Pocas veces el Estado interviene.

No hay mucho que el individuo pueda hacer sobre eso, más allá de migrar; pero entonces tendrá que ser sin permiso. “Cruzamos el río a México cerca de Tapachula. No era tan difícil. Creo que lo difícil viene ahora”, dice José Luis, mientras pasamos unos cuantos cactus enormes.

En su camino hacia Estados Unidos, él y los otros inmigrantes indocumentados que van sentados en el techo, tienen que atravesar casi todo México, un país del mismo tamaño que Alemania, Francia, España, Italia y Gran Bretaña juntos. El viaje puede tardar entre diez días y varios meses, y en el camino abundan los peligros.

José Luis ya tiene algo claro: que no es bienvenido en México.

“Nos robaron poco después de que cruzamos la frontera. Los policías pararon nuestro minibús, nos pidieron nuestras identificaciones y nos revisaron. Lo raro es que no nos detuvieron. Sólo tomaron nuestras cosas”, dice José Luis.

“A mi me quitaron la mochila. Ahí tenía unas playeras, un par de pantalones extras y mi cepillo de dientes. Cuando terminaron, sólo nos hicieron señas de que podíamos seguir”.

José Luis no es el único que ha perdido así sus pertenencias en un retén. Una decena de personas que van sentadas en el mismo techo en el que vamos dicen haber sufrido lo mismo. Los robos son tan frecuentes que parecen ser sistemáticos.

“¡Rama!”

El grito se propaga entre los pasajeros. Agarro el cinturón de Roger y lo jalo hacia abajo. Un par de segundos más tarde una rama gruesa de un árbol pasa arrastrándose por el techo como una escoba grande.

El follaje viene raspando cerca de nuestras cabezas, ahí vamos agachados, pegaditos en una masa temblorosa de cuerpos.

Tras unos segundos se escucha un nuevo grito desde los vagones que están más adelante: “¡Cable! “. Nos quedamos agachados esperando a que también pase el cable de electricidad.

Hace un par de semanas un joven fue lanzado de un techo del tren por un cable. Se quedó meciendo en el aire como un muñeco de trapo, con las manos convulsionadas y pegadas al cable, los pies arrastrándose por los techos y la electricidad bombeando por su cuerpo. No fue hasta que todo el tren había pasado debajo de él que cayó a los rieles. Probablemente sólo por eso sobrevivió. Pero no todos corren con la misma suerte.

El tren de carga sobre el que estamos sentados es llamado en el sureste mexicano el *Tren de la Muerte*. Los migrantes lo han bautizado como *La Bestia*. La razón es tan simple como aterradora. De las aproximadamente cien mil personas que al año viajan con los trenes de carga hacia el norte, centenares caen de los techos y mueren. Algunos son arrojados por ladrones. Otros caen por error y pierden brazos, piernas, o la vida misma.

Pero lo que más temen los migrantes no son ni a las ramas, ni a los rateros, ni a los cables de electricidad, sino a los secuestradores. Al menos 22 600 centroamericanos son secuestrados en México cada año, según la Comisión Nacional de Derechos Humanos de México.² En promedio significa que hay 62 secuestros *al día*. Hace menos de un mes, unos hombres armados pararon un tren en el tramo en el que viajamos, Arriaga – Ixtepec. Esa vez se llevaron como a 50 personas. Algunos de los secuestrados recibieron ayuda de familiares en sus países de origen para pagar el rescate, otros siguen desaparecidos.

En el techo hay un ambiente de constante alerta. Cada vez que el tren frena se intercambian miradas de preocupación. Se asoman cabezas para ver que está pasando. ¿Será una redada de la migra? ¿Un atraco? ¿Tenemos que bajar y correr para salvar la vida?

Una de las que mira con inquietud bajo el abrasador sol es Norma de la Rosa. Hace un par de semanas dejó un barrio pobre en las afueras de la ciudad de Guatemala. Junto con su pareja, Oscar López, está de camino a los Estados Unidos. Un país del que sólo sabe lo que ha leído o visto en programas de televisión.

Norma sabe que aquí en México su nombre no aparece en ningún registro y que probablemente no se haría una denuncia si algo le pasara, que puede desaparecer sin rastro y sin que su familia se enteré de lo que le pasó.

² ‘CNDH reportó a la CIDH 62 secuestros diarios de migrantes en México’ (‘CNDH, the National Human Rights Commission, has reported 62 abductions a day of migrants in Mexico to ICHR, the Inter-American Commission on Human Rights (La Crónica de Hoy, 3 August 2011. Vease: http://www.cronica.com.mx/nota.php?id_notas=596246

Se podría decir que el viaje de Norma empezó hace cuatro años cuando nació su hija menor April. El parto fue complicado -la niña nació con una malformación de la cabeza. La bebé tuvo que quedarse en el hospital por casi dos meses. Cuando al final pudo ir a casa todavía seguía cansada y muy débil. Norma vio con preocupación lo poco que comía y crecía.

Cuando tenía un año y medio, April pesaba menos de seis kilos. Norma tuvo que internarla de nuevo en el hospital, pero esta vez en una clínica privada. El diagnóstico fue que tenía anemia. Los gastos médicos aumentaron rápidamente y la deuda se volvió cada vez más difícil de pagar.

Para mantener a la familia, Norma tomó un trabajo de mesera en un restaurante llamado Club Alemán. El restaurante era frecuentado por europeos, norteamericanos y guatemaltecos ricos y los platillos del menú eran relativamente caros. Aún así Norma no ganaba más que el sueldo mínimo de 1900 quetzales, y a veces, los jefes le exigían trabajar muy tarde, e incluso que se quedara a dormir en el trabajo, lo que era difícil combinar con el papel de madre soltera.

Fue en el Club Alemán donde conoció a Oscar. Él había empezado lavando platos, pero fue ascendido como asistente del chef, aunque con el mismo sueldo bajo de antes. No vivía lejos de Norma, así que muchas veces tomaron el mismo camión hacia el trabajo. Empezaron a tener conversaciones largas e íntimas durante los viajes. Y al parecer Oscar estaba pasando por una crisis matrimonial. Con el tiempo creció una atracción entre los dos compañeros de trabajo. Al final, Oscar se mudó con Norma y sus hijos.

Ahora April tiene cuatro años y ha subido unos cuantos kilos. Puede caminar y hablar. Pero el tratamiento le ha dejado a la familia una deuda de más de 20 mil quetzales (alrededor de 1600 dólares). Y los sueldos de Norma y Oscar sólo alcanzan para lo más necesario. Fue por eso que hace un mes Oscar dijo que quería ir a Estados Unidos.

“Dame cinco años” – dijo - “y así te prometo pagar la deuda y juntar unos ahorros para la educación de los niños”.

Norma lo escuchó y le pidió que le diera tiempo para pensarlo. Sabía que necesitaban el dinero, pero algo le decía que no debería dejar viajar solo a Oscar. Al final decidió acompañarlo. Abel, el hijo mayor de 19 años, asumió la responsabilidad diaria de cuidar a los otros cuatro niños.

Aquí en el techo del tren a Norma le cuesta no pensar en ellos. “Esta noche voy a llamar a casa”, dice. “Bueno, si algo serio no pasa”.

Pero este día tiene suerte. Los cables de electricidad y las ramas de los árboles resultan ser los mayores peligros en las vías. Al final, Norma, Oscar y el resto de nosotros podemos bajar a la gravilla en Ixtepec, la primera parada del viaje. Dejamos la estación en pequeños grupos, con las gargantas secas, las piernas adoloridas y un

vaivén del tren que se queda en el cuerpo. La sensación es como cuando acabas de pisar tierra tras haber navegado todo un día en un mar agitado.

*

Esa noche, un centenar de migrantes tiene un lugar para dormir en el pequeño albergue en Ixtepec, que está a cargo del padre Alejandro Solalinde. El padre me recibe en su oficina, mientras se les sirve una comida sencilla a Norma, a Oscar, y a los otros migrantes. Solalinde no es un hombre muy expresivo, pero su mirada es pensativa y su lengua es conocida por ser mordaz. Se sienta frente a mí en una silla blanca de plástico, mientras los moscos revolotean alrededor de una lámpara desnuda que cuelga del techo.

“Estos migrantes son los más pobres de los pobres. Algo en su viaje es provocador en extremo. Ellos se rebelan contra un sistema del que somos parte”, dice Solalinde, desabrochándose el cuello blanco de la camisa.

El sistema del que habla no es ninguna disparatada teoría de conspiración, sino que puede ilustrarse fácilmente a través de la yuxtaposición de las reglas de visado del mundo³ y del Índice de Desarrollo Humano del UNDP⁴, el programa de desarrollo humano de las Naciones Unidas. Un patrón sobresale de inmediato: los países que sufren más pobreza y conflictos armados son los que también poseen un pasaporte con menor valor como documento de viaje. El que un ciudadano afgano sólo pueda viajar sin visa a 24 países, mientras que los alemanes son bienvenidos en 176 países (los suecos en 175, y españoles e estadounidenses en 174) se toma por dado entre muchos en esta década del 2010. Pero hace 150 años se hubiera considerado prácticamente vergonzoso, ya que hubiera ido rotundamente en contra de una de las ideas más influyentes de ese tiempo: el derecho a la libre circulación.

“Denme sus cansadas masas, pobres y aglomeradas, que anhelan respirar libremente” está grabado en la Estatua de la Libertad a la entrada del puerto en Nueva York. Pero desde principios del siglo XX estas masas se han encontrado con muros cada vez más altos, y exigencias de visa y controles de pasaporte -algo que no sólo vale para los Estados Unidos. Turistas pudientes, viajeros de negocios, capital financiero, y la mayoría de las materias primas y los productos industriales, son bienvenidos diariamente en todo el mundo, pero no los que fabrican los productos, que huyen de persecuciones, o que sólo sueñan con una vida menos vulnerable.

³ Henley & Partner's Visa Restriction Index 2017. Vease también: 'The Wanderers', The Economist, 10 August 2011, at: <http://www.economist.com/blogs/dailychart/2011/08/visa-free-travel>

⁴ United Nations Development Programme, 2011, Human Development Index. UNDP.

Uno de los pensadores que ha tratado de comprender y poner en palabras este desarrollo contradictorio es el sociólogo polaco Zygmunt Bauman, quien vive y trabaja desde hace tiempo en Inglaterra. Bauman utiliza los conceptos de “turistas” y “vagabundos” para ilustrar como la libre circulación se ha vuelto, quizás, el principal símbolo de estatus de nuestra época. Con “turistas”, Bauman se refiere a aquella población del mundo que en la práctica puede viajar sin problemas y cuando lo deseen, mientras que alude con “vagabundos” a las millones de personas a quienes se les impide viajar, y que no obstante, tienen que hacerlo para sobrevivir.

“Los turistas se desplazan o permanecen en un lugar según sus deseos. Abandonan un lugar cuando nuevas oportunidades desconocidas los llaman desde otra parte. Los vagabundos saben que no se quedarán mucho tiempo en un lugar por más que lo deseen ya que no son bienvenidos en ninguna parte. Los turistas se desplazan porque el mundo a su alcance (global) es irresistiblemente atractivo; los vagabundos lo hacen porque el mundo a su alcance (local) es insoportablemente inhóspito. Los turistas viajan porque quieren; los vagabundos, porque no tienen otra elección soportable”. (p. 122. Globalización, Consecuencias Humanas, FCE)”

En otras palabras, se trata de dos tipos ideales –o extremos opuestos- de una escala. Pero durante este viaje en el tren de mercancías en el sur de México y en el albergue de Solalinde, los vagabundos de Bauman parecen estar en todas partes a mi alrededor. Solalinde señala que aunque los migrantes del sur y de Centroamérica se dirigen principalmente y sobretodo por un deseo de encontrar trabajos y mejorar sus estándares de vida, su vulnerabilidad no es solo una cuestión de economía, sino también en alto grado política. El pasaporte y el sistema de visas no se crearon por la mano invisible del mercado, sino por los Estados y los gobiernos que quieren asegurar el control del territorio, de la población y de los recursos económicos. Y los que desafían este control a menudo se encuentran con represalias. Esto Solalinde lo sabe mejor que la mayoría.

“Me es difícil llevar la cuenta de todas las veces que hemos recibido amenazas. Era peor con el anterior alcalde y el gobernador, que eran abiertamente hostiles y mandaban a la policía detrás de nosotros. Tuvimos que comprar este terreno a escondidas. Pero después de tantos años de servicio en la iglesia quería hacer algo que me diera más sentido. No sólo estar sentado detrás de un escritorio y dar misa una vez por semana”.

Un grillo silba en la oscuridad mientras Solalinde prosigue:

“Ni a las autoridades ni a los delincuentes les gusta que tengamos este albergue. Pero me queda claro de que el día en que de verdad me llegue a pasar algo serio, la orden tendrá que haber venido del más alto nivel político”.

Afuera de la pequeña oficina ya se han lavado los trastes y en las salas de dormir se extienden las mantas sobre el piso de concreto. Los migrantes se preparan para la

noche. Los primeros meses después de abrir el albergue, Solalinde no pudo ni siquiera ofrecerles un techo, solamente un pedazo de suelo al descubierto a lado de los rieles. Apoyado por una organización alemana han tenido ahora la posibilidad de construir un edificio de concreto. Aunque todavía no hay ninguna cama. El mismo Solalinde duerme en una hamaca y los voluntarios del albergue piden en los mercados las sobras de comida para poder reunir los ingredientes para preparar sopa. Aún así, se nota que los migrantes aprecian el esfuerzo.

“Hay que tener compasión”, dice Solalinde, “aún en tiempos cuando se considera como algo muy subversivo”.

Subversivo. La palabra flota en el aire. La agarro como se coge una manzana de un árbol. Me acompañará durante los meses que vienen de investigación y trabajo de campo.

*

Al día siguiente los migrantes se levantan antes del amanecer y se van a los rieles para encontrar un nuevo tren de carga. Roger y yo nos perdimos de la salida, pero con la ayuda de Irineo Mujica -un activista que creció en Arizona en los Estados Unidos -y de un carro alquilado, logramos alcanzar el tren. En el Dodge color azul cielo va sentado también con nosotros Olvan, un hombre joven de Honduras que estuvo viviendo en el albergue de Ixtepec por varios meses después de que le robaron, lo maltrataron y le rompieron una pierna en el camino a Ixtepec. El padre Solalinde e Irineo le ayudaron a conseguir una residencia temporal en México y ahora han logrado convencernos de darle un aventón de camino a los Estados Unidos.

Alcanzamos el tren en una pequeña ciudad llamada Matías Romero. Parece que algo ha pasado con la máquina del tren porque está apagada y abandonada en la estación. Cientos de migrantes están sentados a la sombra a lado de las vías en espera de poder seguir viajando. Nadie parece saber dónde está el conductor y algunos han tenido ya una mañana dramática.

“Tres hombre armados me empujaron del tren. Me golpearon en la cabeza con la culata de una pistola y se llevaron mi dinero: ciento veinte pesos”, relata Inés Montoya mientras pasa la mano con cuidado sobre una banda ensangrentada con la que se ha envuelto la cabeza.

“No puedo regresar a Honduras. Le debo dinero al patrón”, dice en voz baja.

Poco más lejos puedo ver a Norma y Oscar. Se han sentado en la hierba a lado de los trenes de carga. Con sus 38 años, Norma es un poco mayor que el migrante promedio.

Además es mujer, lo que la hace resaltar entre los hombres jóvenes. Hoy lleva una blusa azul marina, un par de jeans y unos tenis negros. El cabello color castaño está enrollado en un chongo. Sonríe con frecuencia y hace lo mejor que puede para parecer de buen humor. Pero se nota que no todo está bien. Norma está pálida y no se mueve del lugar en donde está recostada. Después de un rato, le dice con voz baja a Oscar:

“No sé si aguanto más...”

Resulta que Norma está enferma del estómago. Toda la mañana ha estado en el techo del tren vomitando en una bolsa de plástico. También Oscar ha estado mal, pero ahora ha empezado a recuperarse. Culpan a la sopa que recibieron en el albergue del padre Solalinde la noche anterior. Ahora comienzan a preguntarse en qué se han metido.

“Sabíamos que iba a ser duro viajar en tren. Pero no tan duro. Honestamente, empiezo a sentirme preocupado”, dice Oscar.

Él es doce años menor que Norma, chaparrito y no tiene la misma complexión física fuerte que muchos de los otros migrantes. Un poco infantil, la risa nasal hace que a veces les resplandezcan los ojos; muestra un cariño hacia Norma que difícilmente puede surgir de otra cosa que del amor.

Sólo dos semanas han pasado desde que tomaron juntos el autobús hacia la frontera mexicana. Pero mucho ha pasado desde entonces.

En el río fronterizo entre Guatemala y México se toparon con unas personas que les vendieron unas identificaciones mexicanas falsas. Compraron dos identificaciones por 800 pesos cada una, una para Norma y otra para él. Pero resultó ser una mala inversión, porque en el primer retén del lado mexicano fueron detenidos.

La policía los detuvo en un pequeño retén a lado de la carretera. Y ahí hubiera acabado la aventura si no hubiera sido porque uno de los migras vio por casualidad que Norma estaba leyendo su biblia.

“¿Crees que tu dios te puede ayudar?” , le preguntó rudamente.

“Sí, mi Dios es un Dios vivo, no un dios de palo y piedra”, respondió Norma y acarició su Biblia.

“Entonces reza a tu dios y veremos si te puede ayudar”, dijo el guardia antes de que saliera y cerrara la puerta tras de sí.

Esa noche Norma rezó en silencio en el piso de cemento de la celda. Pidió a su Señor que le dejara seguir su viaje, que no todo hubiera sido en vano y que sus hijos pudieran tener una vida mejor de la que ella había tenido.

La siguiente mañana el policía regresó y les dijo:

“¿Quieren regresar o seguir su camino hacia el norte?”

“Queremos seguir” respondió Norma.

El policía abrió la puerta de la celda, giro sobre su pie, salió y paró un minibús. Abrió la puerta corrediza y les dijo que se subieran. Norma y Oscar no lo podían creer. Quedaban libres. Pero no era el mejor momento para hacer preguntas, así que se subieron al minibús –y pronto estuvieron de camino hacia el norte otra vez. El primer municipio al que llegaron fue Escuintla y ahí se bajaron.

Se quedaron en Escuintla por más de una semana, mientras trabajaban como ayudantes en restaurantes y en los mercados para juntar un poco de dinero. El último día conocieron en la plaza a un joven llamado Omar. Les dio una buena impresión, era de Honduras y muchas veces había viajado al norte. Se ofreció a ayudarlos. Norma y Oscar no tardaron en entender que en realidad trabajaba para un poderoso traficante de personas que tenía su centro de operaciones en la ciudad fronteriza de Nuevo Laredo y que había recibido el encargo de conseguir personas como ellos que pudieran pagar para cruzar la frontera en el norte.

Norma ya había escuchado antes de esos “guías”. Reciben dinero por cada persona que llevan al norte. Así que decidieron confiar en Omar. Les pareció bastante justo cuando les pidió 1200 pesos como anticipo para cubrir parte de los gastos.

*

El sol de la mañana ya se ha vuelto sol de medio día y en las vías de Matías Romero la intoxicación de Norma se está yendo. Se arma de valor. Todavía faltan mas de 3 000 kilómetros para su destino, que es Los Ángeles, California. Ahí vive una hermana de Oscar que les ha prometido ayudar con trabajo y un poco de dinero. Pero primero tienen que llegar a la frontera estadounidense. Ahora mismo se siente infinitamente lejos. Además dicen que el siguiente tramo es uno de los más peligrosos de todo el viaje. Crecen las sospechas contra el conductor entre aquellos que esperan en las vías.

“Es difícil no preguntarse por qué se le ocurre tomar tantas horas de descanso, justo cuando vamos hacia Medias Aguas”, me dice Norma.

A muchos conductores no les gusta tener migrantes en los techos de los trenes. Pero por otro lado, también hay reportes de que hay conductores que trabajan con los delincuentes.

El pequeño crucero que queda adelante, Medias Aguas, es conocido por ser una guarida de secuestradores. En el municipio se dice que es controlado por los Zetas, una banda criminal que se formó con soldados de élite que desertaron hace unos quince años, y que ha llegado a ser una de las mafias más poderosas de toda Latinoamérica. La organización se dedica al tráfico de cocaína, metanfetaminas y otras drogas, pero también a la extorsión, al robo de diesel y, no menos importante, al secuestro.

Joxso Medina, un joven de Honduras que conocí en las vías, cuenta que hace un año fue secuestrado junto con sus tres primas cuando pasaban Medias Aguas. La familia tuvo que pagar 3 000 dólares antes de que los dejaran en libertad. No piensa seguir el viaje si el tren sale después de que se oscurezca. Irineo y Olvan también nos aconsejan seriamente no seguir con el tren hacia Medias Aguas.

Para poder mantener contacto con Norma le ofrezco un celular prepago. Ella acepta con gusto cuando escucha la propuesta, pero tiene cuidado de que nadie la vea cuando recibe el teléfono y el cargador. En las vías, la más nimia pertenencia puede ocasionar un robo, o incluso, algo peor.

No es sino hasta el atardecer que el conductor se sube a la cabina. Resulta ser un hombre corpulento que sólo hace gestos de enfado cuando se le pregunta cómo se llama y por qué ha tomado tanto tiempo. ¿Y qué hay de las acusaciones sobre los nexos con la mafia?

“No puedo decir nada de eso. Pero seguro puedes interpretar mi silencio... ¡Interpreta mi silencio!”

Entonces enciende el motor de diesel.

*

La oscuridad en el techo del tren es densa. Los vagones retumban en la noche entre arboledas y montañas altas. Por encima se extiende un cielo despejado y estrellado y en el horizonte la luna llena acaba de aparecer por encima de las copas de los árboles. Norma se acurruca en los brazos de Oscar. Alrededor de ellos percibe las siluetas acurruçadas de los otros. Ahora son diez en el grupo. Cinco de Guatemala, tres de El Salvador y dos de Honduras. Norma es la única mujer.

Pero no son los únicos en el techo. A la luz de la luna, Norma distingue como un hombre de cabello largo se arrastra hacia Omar, el guía, y le susurra algo al oído. Unos

minutos más tarde Omar viene hacia ellos y les dice en voz baja que aquel hombre de cabello largo dice que conoce a gente en Medias Aguas y que ahí hay un lugar seguro donde pueden dormir. Pero Omar tiene sus dudas. Ha escuchado historias como esas. Es lo que los secuestradores acostumbran decir a sus posibles víctimas para darles confianza.

Omar le da órdenes al grupo de que se bajen del tren cuando frene de nuevo. Norma, Oscar y los demás obedecen rápidamente y se bajan a la grava mientras el tren avanza en la noche. De pronto, ven que el hombre de cabello largo también se ha bajado del tren. Viene hacia ellos e insiste en que el grupo lo siga.

“Es muy peligroso dormir afuera”.

Esta vez Omar le dice formalmente que no. Le da las gracias y le aclara que no necesitan ayuda. Pero entonces el hombre cambia la expresión de la cara. Hay algo amenazador en su voz cuando dice: - “Es mejor que hagan como yo digo. Tenemos gente en todas las estaciones rumbo al norte...”

Los diez compañeros de viaje se alejan para hablar. Los hombres se ponen en círculo y hablan con voz tensa y baja. Se ponen de acuerdo de que si el hombre vuelve a amenazarlos se lanzarán sobre él.

“Aunque tenga un arma, no le da tiempo de lastimarnos a todos antes de que le demos”, dice Kevin, un hombre del El Salvador que ha vivido en Houston con su esposa y sus hijos.

Omar baja con el grupo por una pendiente. Van a tientas en la oscuridad entre árboles altos y arbustos espinosos. Aunque tratan de ir tan rápido como pueden, el supuesto secuestrador los sigue a cierta distancia. De vez en cuando se escucha que habla por teléfono. Quizá habla por refuerzos.

Cuando llegan a un río pequeño, Omar dice que tomarán un breve descanso. Norma dice que tiene que ir al baño. Pero cuando se ha alejado unos metros de los demás, se esconde detrás de un árbol y saca el celular. Discretamente le manda un SMS.

*

[Trataron de robarnos, nos bajamos en Jesús Carranza]

El mensaje brilla en la pantalla en la oscuridad adentro del carro. Roger va manejando y mantiene la vista en la carretera. Asiente en silencio con la cabeza cuando le digo que voy a tratar de llamar a Norma. Pero la recepción es mala y hay que esperar antes de que haya señal. Al final, Norma responde susurrando con una voz ronca y atemorizada:

“No puedo hablar, aquí hay gente, y parece que nos quieren secuestrar. Nos escondimos cerca de un árbol a lado de un río”.

La conversación se corta. No me atrevo a llamar de nuevo. Pero Jesús Carranza queda sólo a unos veinte kilómetros, así que decidimos tomar el camino que lleva hacia allá. Irineo y Olvan van sentados atrás en el carro y miran callados por las ventanas laterales. Ninguno de nosotros sabe mucho sobre el lugar a donde vamos. Irineo dice un poco reservado que tal vez podríamos tomar contacto con algún representante de la Iglesia Católica y ver si hay algún albergue para migrantes.

Son poco más de las nueve cuando llegamos a Jesús Carranza. Las calles están vacías y mal iluminadas. En la oscuridad se vislumbran casas de concreto y en algunos lugares las tiendas han dejado focos encendidos afuera de sus puertas atrancadas. El terreno está desnivelado por lo que no es fácil tener un panorama completo; si hay algún río, no lo vemos. Después de un rato de buscar encontramos al final la casa del sacerdote.

“¿Qué quieren? ¿Quiénes son ustedes?”

El hombre que abre la puerta se mantiene unos diez metros detrás de su reja con candado. No hace ningún intento de venir y saludar. Le explicamos el por qué de nuestra visita. Pero el hombre solo mueve la cabeza. No hay mucho que él pueda hacer, explica. No hay albergue y puesto que en la zona se cometen muchos secuestros, lo único que nos puede aconsejar es que tomemos contacto con la policía. No sirve de nada que mencionemos que Norma y Oscar están en el país sin permiso y que la policía muchas veces roba a los migrantes indocumentados. Este hombre da la impresión de tener miedo.

Una vez que hemos dejado la casa del sacerdote, nos quedamos en la esquina de la calle y hablamos sobre qué vamos a hacer. Los insectos silban por doquier en la noche tropical. Cuando tomo el teléfono para buscar el número de Norma veo algunas figuras en la oscuridad que vienen hacia nosotros. Son tres hombres fornidos con uniforme de policía.

“¡Documentos, por favor!”, grita uno de ellos.

Nos rodean en un semicírculo y se quedan parados con aspecto hostil y con las manos ostentosamente sobre las grandes metralletas negras. Les enseñamos nuestros pasaportes y credenciales de prensa y les explicamos que somos periodistas y que estamos aquí para hacer un trabajo sobre migrantes. El hombre que parece estar al mando no cambia de aspecto. Toma su tiempo para examinar los documentos.

“Si son periodistas, saben qué significa sospechoso. Para nosotros ustedes son sospechosos. Tocan las puertas de las personas aunque ya es tarde. Eso no nos gusta aquí.”

Se niega a dar su nombre y a mostrar su credencial de policía. Pero claramente muestra que no somos bienvenidos ahí. Que mejor deberíamos marcharnos. De una vez.

No protestamos, porque sabemos que a veces los hombres de Los Zetas se visten de policías. Y si se trata de policías de verdad, hay un riesgo grande de que podemos crearle problemas a Norma si los llevamos con ella y con los otros que se están escondiendo. De salida del municipio tengo que mandarle un SMS de que no hay nadie que pueda ayudar.

Nos quedamos en un motel viejo y mal cuidado en una localidad a unos kilómetros de allí. La cobertura del celular es casi nula, pero de todos modos logro encontrar un punto cerca del único puesto de tacos del pueblo; aparece una barrita en la esquina de la pantalla. Nos quedamos ahí y pedimos unos tacos. Los otros clientes nos miran de reojo mientras recibimos nuestra comida y refrescos. Todo el tiempo mantengo un ojo al celular, pero no llega ningún mensaje. El teléfono está callado.

En el motel a cada quien nos dan un cuartito que parece una celda de cárcel. No se puede cerrar con llave desde adentro, sólo desde afuera. A diferencia de la de Roger, la mía tiene una ventana pequeña.

“Supongo que nos vemos mañana”, dice Roger lacónicamente antes de que cierre la puerta con un golpe.

La ventana da hacia el patio trasero. Un par de camionetas negras están estacionadas a lado de nuestro Dogde azul cielo. Detrás de los carros se perfilan siluetas de árboles altos y montañas sinuosas. Ya hemos pasado la frontera del estado de Veracruz y yo recuerdo lo que el padre Solalinde dijo la noche anterior: “En Veracruz están todos metidos. Sólo la iglesia y los militares quedan en cierta medida fuera del crimen organizado”.

Me quedo recostado boca arriba sobre un colchón duro. Los grillos han comenzado su concierto nocturno. En algún lugar ahí afuera en la oscuridad hay un grupo de migrantes, rodeados de las mismas montañas y valles donde una vez habitó la legendaria cultura olmeca. Esa alta cultura ha desaparecido desde hace mucho tiempo. Pienso que lo que más se conoce de ellos son los extrañas monumentos de piedra en forma de cabezas humanas que dejaron tras de sí. Pero también en que las montañas en el delta del Coatzacoalcos y los valles ahí dan testimonio del papel central que ha tenido la migración en la historia de la humanidad.

*

Los primeros migrantes de los que provenimos todos los seres humanos vivieron con gran probabilidad en Namibia en el suroeste de África hace unos 150 000 años. Gracias a las modernas investigaciones del ADN sabemos que eran unos tenaces viajeros, en constante movimiento, a la caza de presas o lugares donde hubiera abundancia de legumbres, nueces, frutas, agua y otros recursos naturales. A veces tuvieron que desplazarse como consecuencia de la sobrepoblación local o por conflictos entre grupos de personas. Pero casi siempre este tipo de vida errante parece haber sido una ventaja evolutiva porque estimuló la capacidad adaptativa y condujo en ocasiones a avances tecnológicos y organizativos. Incluso puede haber sido la curiosidad humana y el continuo desplazamiento lo que los salvó de la extinción hace 80 000 años, periodo en el que se calcula que el total de la población de la especie *Homo Sapiens* disminuyó a poco más de 2 000 individuos.⁵

Pero no fue hasta que nuestros ancestros desarrollaron un pensamiento más abstracto –probablemente como consecuencia de una mutación genética- que se expandieron por todo el planeta a un ritmo vertiginoso. Los primeros grupos de cazadores y recolectores dejaron África aproximadamente hace 60 000 años, y muchos más les siguieron. Grandes migraciones empezaron tanto en dirección noreste como noroeste. Los seres humanos se desplazaron a través de los bosques de Europa, donde se encontraron con su pariente cercano, el hombre de Neandertal, *Homo neanderthalis*. Cruzaron las estepas de Asia, donde vivía el hombre denisova o *Denisova hominis*. El resultado de estos encuentros los llevamos todavía con nosotros: se cree que entre 1% y 4% de nuestra herencia genética proviene de los Neandertales⁶, y hasta un 6% de los Denisova.⁷

Estas dos especies de hombre se extinguieron aproximadamente hace 30 000 años cuando el largo período de glaciación cambió dramáticamente las condiciones de vida y puso freno a la continuidad de la expansión. Pero nuestra especie *Homo sapiens* sobrevivió. Y cuando la nieve y el hielo retrocedieron hace 16 500 años, nuestros ancestros reanudaron su incansable marcha y exploración. Algunos miles de individuos que durante la Era de Hielo vivieron en la estrecha franja que unía lo que hoy es Rusia y Alaska, se convirtieron de esta manera en los primeros en colonizar el norte y el sur de América. Fueron estos migrantes de Asia – y no los europeos que viajaron en el siglo XV - quienes descubrieron América.⁸

⁵ Ian Goldin, Geoffrey Cameron and Meera Balarajan, 2011. *Exceptional People: How Migration Shaped Our World and Will Define Our Future*. Princeton University Press, pp. 11-16.

⁶ 'Neanderthals, Humans Interbred, DNA Proves', *Discovery News*, 6 Mayo 2010. Vease: <http://news.discovery.com/human/neanderthal-human-interbreed-dna.html>

⁷ 'Denisovaflickans dna ger oss vår historia' [The Denisovan girl's DNA shows us our history'], *Dagens Nyheter*, 2 de diciembre 2012. Vease: <http://www.dn.se/nyheter/vetenskap/denisovaflickans-dna-ger-oss-var-historia/>
'New DNA analysis shows ancient humans interbred with Denisovans', *Nature*, 31 August 2012. Vease: <http://www.nature.com/news/new-dna-analysis-shows-ancient-humans-interbred-with-denisovans-1.11331#/b1>

⁸ Ian Goldin, Geoffrey Cameron and Meera Balarajan, 2011. *Exceptional People: How Migration Shaped Our World and Will Define Our Future*. Princeton University Press, p. 17.

Esta vida errante continuó dominando el día a día de los seres humanos hasta el descubrimiento de la agricultura entre hace 7000 y 15000 años. Las técnicas de arado, sembrado y cosecha, se desarrollaron entonces paralelamente en seis regiones diferentes en el mundo y ocasionaron una población cada vez más sedentaria. La propiedad privada –o al menos, la propiedad basada en clanes- empezó a tener un mayor significado en el pensamiento humano al mismo tiempo que se trazaron fronteras entre parcelas, así como potreros con animales domesticados. El excedente de la agricultura hizo posible que muchos vivieran juntos en una menor superficie y que se mantuviera a una creciente élite administrativa y cultural, la cual radicaba en las ciudades.

Las primeras civilizaciones vieron la luz del día en los fértiles valles fluviales a lo largo del Éufrates y Tigris, en el Medio Oriente. Alrededor de los edificios de Estado se construyeron bastiones y muros que protegían contra invasiones enemigas. El hacinamiento a veces resultaba tener inconvenientes como eran epidemias o hambrunas, pero como ventajas se tenían una expansión clara y rápida de la información así como un aprendizaje colectivo más activo. Los forasteros que venían en términos de paz eran la mayoría de las veces bienvenidos y las fronteras entre los pueblos y las culturas eran porosas.⁹

También en México es patente este desarrollo. Arqueólogos han encontrado pruebas de una creciente cultura agrícola de hace unos 7000 mil años junto a los ríos Coatzacoalcos, San Juan y Tonalá. Las inundaciones regulares se utilizaron ahí como irrigación natural que daba buenas cosechas. Con el tiempo los agricultores de los alrededores pudieron abastecer una cultura creciente y una élite gobernante, que levantó edificios y monumentos que hoy asociamos con la cultura olmeca.¹⁰

Los olmecas desarrollaron el primer lenguaje escrito del continente americano y tuvieron influencia sobre toda la región. Juegos rituales de pelota, representaciones religiosas de un dios - serpiente emplumada y la fascinación del jade, piedra preciosa, son algunas de las características que sobrevivieron mucho después de que la civilización decayera alrededor de 400 a. C. Una red de relaciones comerciales tuvo tiempo de expandir técnicas artesanales, ideas religiosas y adelantos científicos sobre toda Mesoamérica. Que tanto la cultura maya como el más tardío Imperio azteca pudieran sacar enseñanzas del conocimiento olmeca fue en gran parte gracias al mérito las personas que viajaban, los migrantes. Este patrón es recurrente en todo el mundo.¹¹

*

⁹ Ibid, pp. 20-21.

¹⁰ Richard A. Diehl, 2004. *The Olmecs – America's First Civilization*. Thames & Hudson, pp. 23-24.

¹¹ Ian Goldin, Geoffrey Cameron and Meera Balarajan, 2011. *Exceptional People: How Migration Shaped Our World and Will Define Our Future*. Princeton University Press, p. 28.

Los primeros rayos del sol se filtran a través de la ventana y afuera, en el patio trasero, un gallo saluda a la mañana. Se escucha música de banda mexicana desde una radio en el vecindario. Me baño rápido y trato de imaginarme lo que espera ahora. Toda la noche ha pasado sin noticias de Norma. Su teléfono celular o está apagado o está ocupado. Pienso que ha de ser por la mala recepción. Pero no sin preocupación, un rato más tarde, manejamos hacia Medias Aguas en nuestro carro azul cielo alquilado.

Cuando nos acercamos a la localidad, una densa niebla flota sobre los campos verdes. La humedad empaña los parabrisas una y otra vez, y Roger y yo nos turnamos para secarlos. Con nosotros no sólo vienen Irineo y Olvan, sino también Elizabeth Lara, que trabaja para la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) en México. La noche anterior tomamos contacto con ella porque sabíamos que ha estado ya varias veces en Medias Aguas.

Elizabeth cuenta sobre una mujer joven que pasó por Medias Aguas hace un par de meses y cuyo grupo de migrantes centroamericanos fue detenido por ladrones. A cada uno del grupo se le exigió 400 pesos. Pero la chica no llevaba suficiente dinero. A cambio los ladrones la violaron en grupo. Cuando al final la dejaron ir estaba tan aturdida que se cayó cuando trató de subirse al tren ya en marcha. Sus dos piernas fueron cortadas por las rodillas.

“Es difícil mantener la distancia en situaciones así. Una se ve afectado, quieras o no”, dice Elizabeth Lara, quien varias veces ha visitado a la chica en el hospital.

Según un reporte de Amnistía Internacional seis de cada diez mujeres son expuestas a abusos sexuales cuando viajan irregularmente por México. Su situación es tan vulnerable que es común ver a mujeres indirectamente ofrecer sexo a hombres a cambio de protección durante el viaje. Muchas toman anticonceptivos inyectables antes de salir de su país para evitar quedar embarazadas en caso de que las violen.¹²

Llegamos a Medias Aguas. A la luz del día este pueblo de unos mil habitantes parece tranquilo. Nos saludan un par de señoras mayores que están sentadas en mecedoras en una terraza. Nos dicen que somos los primeros periodistas que han visto desde hace tiempo.

“Pasan muchas cosas feas aquí. En la noche pasan cosas que una no quiere ni saber”.

Una de las señoras se agacha y señala hacia las vías del tren.

“Allí abajo encontramos un muerto hace apenas un mes. Tenía tatuajes en la espalda. Puedes entender que no salimos en la noche”.

¹² Amnesty International, 2010. Víctimas invisibles: Migrantes en movimiento en México [Invisible Victims: migrants on their way through Mexico]

Caminamos hacia la estación. A lo largo de las vías, todo está tranquilo y desierto. No vemos ni un rastro de los migrantes. Pero cuando nos acercamos al edificio de la estación, un vigilante gordo de seguridad sale de las sombras y nos examina con desconfianza.

“Si es que llegaron anoche algunos migrantes en el tren, yo no sé nada. Y si sí, probablemente ya se han ido de nuevo” dice.

A pesar de todo, el vigilante parece apreciar la interrupción de la rutina porque va y recoge unos vasos de plástico y una botella de Coca-Cola. Mientras el refresco espumoso se derrama en el vaso, dice:

“Quiero que sepan que siento simpatía por ellos. Quiero decir, los migrantes. Yo sé lo que pasan”.

“Hace unas semanas me deportaron de los Estados Unidos. Había estado trabajando para unos chinos en Nueva York. Pero me trataron muy mal. Limpiaba caños día y noche y casi no me pagaban nada.”

Ahora quiere juntar dinero para un nuevo viaje al norte. Por eso el trabajo de vigilante de seguridad. Pero cuándo le preguntamos lo que pasa por la noche en Medias Aguas nos da una respuesta vaga y evasiva. Así que le damos las gracias por el refresco y lo dejamos en la estación.

No hay muchos con quien hablar en Medias Aguas. Aun así, a lado de un pequeño puente, nos topamos con un campesino viejo. Nos cuenta que durante varios meses ha tenido secuestradores como vecinos.

“Hombres armados acamparon en un cerro cerca de mi terreno. Tendieron cortinas de plástico y pusieron una tienda de campaña. A veces llevaban comida y otros víveres. Y sí, yo sabía que tenían personas detenidas en la casa de campaña. A juzgar por la ropa es probable que fueran migrantes. Por suerte se fueron hace algunas semanas”.

En ningún lado encontramos a Norma y Oscar. No funciona la señal de teléfono y no he recibido ningún SMS desde la noche anterior. Justo estamos a punto de dejar Medias Aguas cuando vemos diez personas que vienen caminando hacia nosotros por las vías.

*

Norma come huevos revueltos con tortillas que Elizabeth le ha dado. Entre bocados nos cuenta lo que les pasó. Toda la noche el grupo estuvo sentado temblando de frío

debajo del puente en donde acamparon. Ella se durmió algunas veces, pero se despertaba rápido de nuevo por el frío. Al amanecer escucharon pasos. Era de nuevo el hombre de cabello largo. Esta vez no estaba igual de amenazador, pero trató de atraerlos de nuevo.

“¿Por qué están sentados aquí con frío? Mejor vengan conmigo”.

Ellos se rehusaron. Omar llevó al grupo a una carretera cercana y ahí un camión les dio un aventón. Después de apenas una media hora se bajaron y cruzaron a pie algunos plantíos. Se había acabado el agua, así que se pararon en una cisterna para llenar las botellas. Pero estaba llena de lagartijas e insectos, recuerda Norma, y el agua sabía mal.

“No voy a estar tranquila hasta que hayamos dejado este lugar” dice y mira alrededor.

El grupo está sentado en una curva en las vías, cerca de Medias Aguas. Están esperando un tren que nadie sabe cuando va a pasar. Oscar tira sin ganas una piedra hacia una zanja.

“Mi papá no sabe que estoy aquí. Sólo mi mamá”, me dice.

“Pero a mi mamá no le gustó. Me dijo que era peligroso. Que debería quedarme en casa. Pero yo no la escuché...”

La piedra de Oscar suena en el matorral. De vez en cuando vuelan pájaros y revolotean con graznidos chillones.

El líder del grupo, Omar, trata de controlar sus nervios depilando las cejas de Carlos, un salvadoreño de 18 años. Bromea con los otros, pero se nota que hasta Omar quiere dejar Medias Aguas tan pronto como puedan.

El más inquieto es probablemente el chaparrito guatemalteco Eduardo Temaj. Es un poco torpe y se le dificulta subirse al tren. Los otros le dicen que tiene que tomar velocidad y correr un rato a lado del tren y luego tener cuidado de no saltar a la escalerilla del vagón antes de que haya podido agarrarse bien con las dos manos. De lo contrario lo puede jalar el aire y quedar debajo de las ruedas del tren.

Norma se siente en los rieles junto a Eduardo y le dice:

“Yo también tengo miedo, Eduardo. Pero prométeme que te vas a subir al tren esta noche. Porque el tren puede hacerte mucho daño. Pero si te quedas aquí esta noche, te matan. Y entonces tu familia nunca va a saber que te pasó”.

El sol está a punto de desaparecer detrás de los árboles. El atardecer está cerca. Los animales de presa nocturnos empiezan a despertar a la vida. Norma se regresa con Oscar y le toma la mano, entrecierra los ojos y murmura una oración junto a los rieles:

“El Señor es mi pastor, nada me faltará.... y me lleva por caminos rectos, haciendo honor a su nombre. Aunque pase por el más oscuro de los valles, no temeré peligro alguno, porque tú, Señor, estás conmigo; tu vara y tu bastón me inspiran confianza”.

*

Son las diez de la noche y vamos sentados en el carro de camino a la siguiente estación cuando Norma nos llama de Medias Aguas:

“¿Erik? Un carro negro con vidrios polarizados anda por aquí. Tuvimos que correr al monte y escondernos. Pero trataremos de quedarnos cerca de la única tienda abierta. Así al menos alguien puede ver si algo nos pasa”.

Nos quedamos en un café en el área de servicio a lado de la carretera. Afuera está completamente oscuro. ¿Vamos a regresar? ¿O sólo hará las cosas más difíciles para Norma? ¿Llamará la atención?

El café ha tenido tiempo de enfriarse cuando llega un mensaje tranquilizador:

[“Estamos en el tren rumbo a Tierra Blanca. Todo bien.”]

Traducción: Estrella de la Reguera